

Finalmente, apuntar que *La obra del miedo* hace justicia a su título al leer la conclusión. Quizá sean estas últimas páginas la parte más brillante del libro. Tras dibujar la naturaleza de la represión franquista, tras presentar los rostros de la tragedia en la primera y segunda parte, los autores ahondan en las consecuencias de la represión franquista. Para ellos, el brutal castigo a los vencidos tuvo como consecuencia la extensión del miedo a todos los rincones de la sociedad española. Los responsables de accionar los mecanismos de la violencia, los miembros de la «comunidad de castigo», se plegaron a silenciar sus actitudes, y arrinconados por el miedo a que el régimen pereciese, le dieron su apoyo incondicional. Por el contrario, los vencidos fueron aplastados por un mundo de violencia, miseria y, por supuesto, miedo. Ese miedo que escapa a las cifras de la represión, que parece no contar a la hora de valorar la naturaleza de la violencia franquista y que, otra vez más, queda roto por un buen libro de historia.

Miguel Ángel del Arco Blanco
Universidad de Granada

¹ Julius Ruiz, «Las metanarraciones del exterminio», *Revista de Libros*, n.º 172, abril de 2011.

JOSÉ MARÍA CIRARDA LAICHONDO

Recuerdos y memorias. De mi ayer a nuestro hoy
Madrid, PPC, 2011, 409 pp.
ISBN: 978-84-28823-21-0

Se cumple ahora un año de la publicación del libro *Recuerdos y memorias* de José María Cirarda Laichondo, uno de los prelados influyentes en el panorama episcopal español de los últimos años del franquismo. A través de sus más de cuatrocientas páginas, el lector puede encontrar un libro de memorias bastante completo en el que el autor, en sus propias palabras, pretende contar sus vivencias personales, casi todas ellas rodeadas de acontecimientos eclesiales y civiles importantes. Y no exagera el obispo Cirarda al hacer esta afirmación: al menos durante su trayectoria episcopal, su labor pastoral estuvo marcada por la polémica y por su defensa de los aires renovadores del Concilio Va-

ticano II frente a los postulados de los gobiernos de Franco.

José María Cirarda Laichondo nació en Baquio, Vizcaya, en 1917, en el seno de una familia acomodada. En su familia, sobre todo gracias a su padre, vio un ambiente tremendamente religioso que influyó en su formación. Tras realizar sus primeros estudios en su tierra natal, marchó a Comillas y allí se formaría teológicamente bajo la dirección de los padres jesuitas, siendo ordenado sacerdote en 1942. Estas fechas hacen comprender claramente que Cirarda pertenecía a la generación de presbíteros que vivieron la guerra y que conocieron de primera mano la situación sociopolítica de la República. Su estancia en el seminario se vio interrumpida por la guerra y fue llamado por el gobierno de Euskadi para incorporarse a la contienda en mayo de 1937. Fue declarado *inútil total* —en sus propias palabras— debido a su miopía, y cuando las tropas de Franco entraron en Bilbao fue conducido al campo de concentración levantado en las Escuelas de la Florida de Vitoria para aclarar su situación militar, siendo reincorporado al seminario de Comillas en 1937. Las experiencias vividas en la guerra le *inmunizaron contra cualesquiera tentaciones políticas*, y desde aquellos años comenzó a ver críticamente el nuevo régimen, y de una forma especial la postura de los obispos y la laxitud de las afirmaciones vertidas en la carta colectiva del episcopado español.

Tras su ordenación sacerdotal permaneció 17 años ligado a la diócesis de Vitoria, donde ejerció su sacerdocio y fue profesor de teología dogmática. Allí colaboró muy cerca del obispo José María Bueno y Monreal, de talante abierto, aunque no claramente progresista. Sería este obispo quien, tras ser nombrado arzobispo de Sevilla, interviniera ante la Santa Sede para obtener el nombramiento de Cirarda como auxiliar suyo en la capital hispalense. José María Cirarda no fue, por tanto, elegido a través del complejo sistema de designación de obispos que mandaba el Concordato de 1953, en el que la jefatura del Estado se reservaba amplios poderes en la designación de obispos residenciales. Aquel acuerdo no preveía el nombramiento de los obispos auxiliares, para lo que no era necesaria injerencia alguna del poder político. Gracias a este procedimiento pudieron ser nombrados varios

obispos de talante progresista o al menos críticos con la situación político-religiosa de la España de aquellos años. El grueso de este libro de memorias comienza a partir de esta nómina. Es ahora cuando Cirarda analiza al detalle los acontecimientos acaecidos durante sus años como auxiliar, y durante los tres pontificados de su larga vida episcopal en Santander (1968-1971), Córdoba (1971-1978) y Pamplona-Tudela (1978-1993).

Un especial interés tiene para el historiador el análisis que este prelado hace en su libro de su etapa como obispo de Santander, porque a su vez, en aquellos años, la Santa Sede le encomendó la administración apostólica de la diócesis de Bilbao, vacante por el fallecimiento de su obispo, monseñor Pablo Gúrpide. La situación de aquella diócesis desde 1966 era extrema: un grupo de sacerdotes se había declarado abiertamente en rebeldía contra su obispo. Ese mismo grupo de sacerdotes se decidió a ocupar el seminario conciliar de Vitoria, en abierta contestación a Gúrpide. Era un grupo de clérigos que acusaba al prelado de estar *atado al carro del poder franquista*, tal y como afirma Cirarda. Estos sacerdotes habían sido multados por el Gobierno Civil, que no permitía sus homilías en las que se vertían duras críticas contra la situación sociopolítica, alegando textos conciliares o pontificios. Con estos antecedentes, es fácil comprender que no fue sencillo para Cirarda, un obispo claramente comprometido desde sus tiempos de sacerdote en Vitoria, llevar a cabo una labor pastoral reconciliadora, siendo frecuentes los enfrentamientos con la autoridad civil. Estos enfrentamientos llegaron a su cenit con la detención de su vicario general, José Ángel Ubieta, que se vería envuelto, años más tarde, en los hechos acaecidos por la polémica homilía del obispo Antonio Añoveros en defensa de la lengua vasca. La huelga de hambre de cinco sacerdotes en el obispado, la contestación contra el propio obispo llevada a cabo durante una misa en Basauri, la detención de nueve sacerdotes diocesanos y su traslado a la cárcel concordataria de Zamora por sus homilías consideradas subversivas, hicieron que Cirarda se colocara en el punto de mira de la actualidad eclesial del momento. Prueba de ello es que fue recibido en cuatro ocasiones por el papa Pablo VI, que le mostró siempre su apoyo, tres con el entonces príncipe de España, Juan Car-

los de Borbón, y una con el propio Franco. Muy interesante es el relato de esta entrevista en la que el obispo detalló al jefe del Estado cuáles eran las torturas que se habían practicado en las comisarías de policía a los sacerdotes vascos detenidos.

No es desdeñable tampoco el testimonio de Cirarda sobre las sesiones del Concilio Vaticano II y la participación activa de los obispos españoles en aquel acontecimiento eclesial. Todo el capítulo VI está dedicado a ello. Durante el Concilio, fue el obispo encargado de informar a la prensa española de las deliberaciones de los padres conciliares. Ello le obligó a estar muy atento a los debates e informaciones emitidas por los obispos de otros países del mundo presentes en Roma. Muy importante debió ser aquella experiencia para José María Cirarda, que tal y como muestra en sus memorias constituyó un capítulo *inolvidable* en su vida, clave para su vida personal y pastoral. Pese a la importancia del acontecimiento y la huella que dejó en su ministerio ulterior, se echa de menos en esta parte una narración más clara de algunos acontecimientos claves, como la intervención de los obispos españoles para que se dejara constancia de la renuncia que debían hacer los jefes de Estado que aún retenían en sus manos privilegios presentativos episcopales y que apenas apunta.

Las memorias de Cirarda pierden algo de atractivo en su última parte, en la que habla de sus pontificados en Córdoba y Pamplona. Los años cordobeses, con el franquismo en su última etapa, los vivió este obispo en una diócesis tranquila, sin apenas conflictividad política ni eclesial. No en vano, es especialmente interesante la narración de su intervención en el llamado caso Añoveros. Entre las páginas 268 y 271 menciona su aportación personal al caso y complementa de una forma necesaria el capítulo extensísimo que el cardenal Tarancón dedica a este asunto en sus autobiográficas *Confesiones*. Tampoco son desdeñables las apreciaciones que hace sobre el terrorismo y la violencia terrorista en los años 80, cuando ya era arzobispo de Pamplona, o las conversaciones con el presidente del Gobierno, Felipe González, o con el ministro José Barrionuevo.

Cirarda acaba sus memorias con un capítulo que es, sin duda, el más controvertido de su libro

y que titula *Preguntas inquietantes desde la atalaya de mi jubilación*. La intensidad de las mismas daría lugar por sí misma a un artículo, y sin duda llevan a la reflexión. Plantea en ellas temas de candente actualidad eclesial. El primero es la posibilidad de elección de los pastores por parte de las diócesis, sin intervención de Roma. Critica con claridad las visitas papales, y especialmente las Jornadas Mundiales de la Juventud: *¿hay proporción entre lo que parece lógico esperar de tan masivas y entusiastas concentraciones juveniles y sus frutos?* –afirma–. Deja abierta la reflexión en torno a la posibilidad de ordenación presbiteral de mujeres, se pregunta hasta qué punto son positivos los llamados *movimientos eclesiales* de carácter conservador, y termina reflexionando sobre la globalización y el papel de los misioneros en el mundo, muy alejado del espíritu misional que inspiró en otros tiempos a la Iglesia.

José María Cirarda ha aportado un valioso testimonio con este libro editado por PPC editorial tres años después de su fallecimiento. El interés del texto es grande, tanto para el estudioso de la Iglesia española en la segunda mitad del siglo XX, como para el investigador de múltiples temas: las relaciones Iglesia-Estado, la conflictividad vasca en los años 60 y 70 o el Concilio Vaticano II. Todo ello manejado con gran maestría por el que algún medio de comunicación llamo en su obituario *el último obispo del Vaticano II*.

Carlos Nieto Sánchez

RAFAEL QUIROSA-CHEYROUZE Y MÓNICA FERNÁNDEZ AMADOR
Poder local y transición a la democracia en España
Granada, CEMCI, 2010, 449 pp.

En los últimos años, han aparecido algunos análisis históricos sobre el desarrollo del proceso de democratización en las ciudades españolas, arrojando luz sobre la perspectiva local del cambio político y los ritmos propios de la llegada de la democracia a los ayuntamientos del país. *Poder local y transición a la democracia en España* es un buen ejemplo de tal panorama. El libro establece un acercamiento global a esta cuestión, describiendo el cambio polí-

tico en las corporaciones municipales combinando explicaciones generales con ejemplos concretos. Gracias a ello, Rafael Quirosa-Cheyrouze y Mónica Fernández Amador construyen un completo relato de los acontecimientos que incluye todas y cada una de sus aristas, ofreciendo una imagen muy amplia sobre cómo se democratizó la realidad local española.

Los autores inician su recorrido remontándose a los orígenes, para lo cual hacen una profunda caracterización del poder municipal durante la dictadura franquista. Tras ello, se van presentando los diferentes hitos de dicho proceso: la situación por la que atravesaron los ayuntamientos españoles durante buena parte de la década de 1970 (marcada por la elaboración de la Ley de Bases del Estatuto de Régimen Local de 1975 y la difícil situación interna de los consistorios), la convocatoria de las elecciones municipales de 1979, y los actores que participaron en la democratización del poder local (es decir, las asociaciones de vecinos y los partidos políticos). Este repaso se cierra con la celebración de aquellos comicios, que permiten a los autores analizar la campaña electoral, las propuestas defendidas por las formaciones, los resultados y la constitución de los nuevos ayuntamientos, deteniéndose especialmente en el pacto entre socialistas y comunistas.

Sintetizado el contenido del libro, cabría detenerse a continuación en las grandes ideas vertidas a lo largo de sus páginas.

Un primer elemento a resaltar es el papel de las asociaciones de vecinos. A ellas se dedica un capítulo del libro, en el cual, tras hacer una precisa conceptualización y trazar su relación con otros movimientos de oposición a la dictadura, se detallan sus reivindicaciones y las causas que provocaron su declive tras las elecciones municipales de 1979. Así, se deja patente su importancia dentro del proceso de democratización de los ayuntamientos, recogiendo la apuesta de los autores por incorporar a los movimientos sociales en las explicaciones sobre el cambio político, vocación ya mostrada en la introducción. El asociacionismo vecinal no sólo fue importante por las reivindicaciones que lanzaron estos grupos, sino también porque se convirtió en una *escuela de democracia* para la población, un es-